

probablemente no hallará con qué disculparse, por haber entregado á dicho cabecilla los prisioneros que tenía de nuestro Cuerpo de Ejército, cuando según los usos y la práctica legalmente introducida en casos de esta naturaleza, debió haberlos conservado en su poder ó juramentádoslos, para que no hubieran tomado las armas en lo sucesivo contra el Ejército francés.

Los prisioneros de dicho Ejército que tenemos en esta plaza, me pidieron el permiso de escribir á su campo: se los cencedí, y con la contestación recibieron mil quinientos francos en oro del cuño español.

Nada más ocurre por aquí que llame la atención.

Tenga vd. la bondad de hacerles presentes mis respetos al Señor Presidente y sus Ministros, recibiendo vd. un saludo de los muchos amigos que tiene en esta plaza, y otro muy especial de su compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*”

“*Cuerpo de Ejército de Oriente.—Exploradores de Zaragoza.*—Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de vd., que á las cinco de la mañana salí con mi fuerza en compañía del 4º Escuadrón de Zacatecas, y avanzamos hasta cerca del campamento enemigo que está al Norte frente á la Fortaleza de Guadalupe, y recorrimos la línea tirando el telégrafo que tenían establecido de banderas blancas; como á las siete salió de dicho campamento una infantería francesa como de dos ó trescientos hombres, y por el rumbo de manzanillo como cien caballos de los traidores. Inmediatamente desprendí mis rifles pié á tierra en tiradores apoyados por el 4º Escuadrón.

Los traidores, entonces protegidos por los infantes franceses, trataron de atacarnos, pero en el acto fueron rechazados, dejando por nuestra derecha algunos muertos, y por la izquierda también sufrieron bastante, por la tenaz persecución que les hizo el 4º Cuerpo, quien los siguió hasta meterlos dentro de su infantería.

En mi fuerza no ha ocurrido más novedad que un caballo de tropa muerto.

Sin más, por ahora, protesto á vd. mi aprecio y subordinación.

Patria, Libertad y Reforma.—Abril 6 de 1863.—*Pedro Martínez.*  
—Ciudadano General en Jefe del Ejército de Oriente.—Presente.”

“UN ZUAVO MAS.—El día 8 á las cinco de la tarde, se ha pasado un zuavo por el campamento del Carmen, á nuestras filas, á pesar de que sus compañeros le hicieron fuego. Al llegar al campamento, levantó su gorra por lo alto y gritó: «viva México, muera Forey.» Hemos hablado después con él, y nos ha dicho con entusiasmo que no creía que los mexicanos tuviesen tanto valor y tanta nobleza de carácter, pero que la resistencia que en veintitrés días de asedio he-

mos hecho, le decidió á pasarse á ser hermano de los hombres libres, para luchar contra los tiranos. Ha tenido arranques verdaderos de un soldado de la libertad, y nos ha dicho con convicción: «Forey pierde, porque es un déspota, y porque los mexicanos son heroicos.» Si declarase alguna cosa importante y que deba saber el público, la daremos á luz.”

(*Boletín Oficial de Puebla.*—1863).

“UN EPISODIO DE LA GUERRA, EN EL DIA 6 DEL PRESENTE ABRIL DE 1863.—La inícuca guerra que la Francia de Napoleón III ha traído á nuestra Patria con la mayor infamia y villanía, ha hecho conocer al mundo que México tiene un pueblo heroico, digno de figurar entre los primeros pueblos libres del globo. Los repetidos episodios gloriosos que han tenido lugar en los veintiseis días de asedio, que hasta hoy ha sufrido la heroica Zaragoza, son dignos de figurar entre los más distinguidos que menciona la historia. Vamos á citar algunos, de los que han sido más notables, y que aunque han tenido muchos testigos oculares, deseamos sean conocidos del mundo entero, en gloria y prez de nuestra Patria.

El día 6 de Abril, se habían arrojado con impetuoso empuje las columnas de los enemigos, de las seis á las siete de la noche, en la calle de la Estampa, en la acera que ve al Poniente, en la casa conocida por del Sr. Aveleyra; habían sido heroicamente rechazados por nuestras fuerzas, siendo los Cuerpos que les tocó la gloriosa suerte de este triunfo, el batallón de Tuxpam, Rifleros de Veracruz, y algunos soldados del Fijo del mismo Estado. Había cesado el fuego, sucediendo esa calma terrible en que sólo el silencio es el intérprete de todas las emociones; serían las diez de la noche, y á la calma momentánea, sucedió el entusiasmo de la gloria; los vivas á la República, se repetían en las bóvedas del edificio donde había pasado el combate, y en medio de una obscuridad absoluta, nada se percibía. Repentinamente apareció una luz, fué una antorcha que iluminó cuatro figuras que en aptitud severa y decidida, se destacaban de entre el conjunto de la multitud. Eran tres bravos republicanos que combatían por la independencia de su Patria. El General Llave, el Comandante Fóster, el Capitán Alejandro Casarín y Comandante Llave. El General Llave, acompañado de Casarín, bajó las destruidas escaleras; el segundo se avanzó á la entrada de la horradación que conducía al lugar donde se hallaban los soldados del Emperador.

La luz se apagó, pero una segunda que lanzó el Comandante Fóster, iluminó el interior, y en ese acto tuvo lugar una escena sublime.

Casarín, con la voz robusta y enérgica de un republicano, hizo que los soldados franceses entregaran las armas en sus manos; y aquellos hombres corpulentos y bien formados, que un momento

antes eran unos leones, quedaron transformados en corderos: cada uno después de abandonar sus aperos militares, salieron de aquel sitio que parecía caverna infernal, uno por uno, y fueron recibidos por el C. General Llave, quien los recibió con benevolencia y con pruebas de un verdadero héroe, que es generoso y noble con el vencido, á pesar de ser él, el vencedor. Véamos la minuciosa descripción que un testigo ocular hace de los sucesos referidos.

Dieron las seis de la tarde del día 7 de Abril de 1863, cuando la reunión de dos terribles elementos se entrelazó de una manera vigorosa.

El fuego y el agua.

Llovía fuertemente, y al mismo tiempo el invasor desplegó sus fuegos sobre la esquina de la calle de la Estampa.

Después de veinte tiros de cañón, se descubrió ante nuestros ojos como por encanto el cuadro en que algunos republicanos debíamos jugar el papel de cordero; pero la fe Patria alumbró aquella estancia con sus reflejos y nos marcó el camino de la victoria.

Las balas de cañón hicieron que una parte de la pared quedara reducida á escombros, los que gracias á los fuegos de solo infantería, presentaron paso á dos compañías del primer regimiento de zuavos que nos atacaron con vigor. A la cabeza de estas compañías venía un joven de veinticinco años, güero, de formas atléticas, de baja estatura, vestía una levita azul, corta, unos pantalones de paño colorado, un kepi del mismo color y cubriendo sus pantorrillas los arrugados cañones de unas botas fuertes. Este joven se presentó el primero sobre la brecha que habían abierto sus cañones, examinó ligeramente el terreno de que pretendía posesionarse, y un brillante acero que llevaba en la mano lanzó un relámpago al pasar frente al fogón de uno de nuestros fusiles, gritando con ruda voz: «En avant,» y satisfecho saltó á nuestras posiciones. Fué seguido poco más ó menos por sesenta zuavos que inmediatamente que saltaban rompían el fuego sobre nosotros.

La tarde estaba ya muy avanzada y el lugar del combate fué iluminado por los fogonazos de la fusilería revuelta. El humo nos había circundado, lo que nos impidió ver cuantos eran los más soldados que habían entrado.

Nuestros soldados se portaron con denuedo, con un heroísmo digno de los hijos de México. Luchaban con la vida y con la muerte.

Esta escena se prolongó hasta las diez de la noche, en que los franceses habían sido rechazados y una parte había quedado sin salida.

El fuego cesó, los vivas á la República se dejaban oír por todas partes y se hacían más notables en medio de la pavorosa obscuridad.

La inquietud reinaba entre nosotros, cuando derrepente brilló una luz, un rayo fué, á cuyos verdiosos reflejos se vieron aparecer sobre las bóvedas de un departamento y en actitud serena y decidida, cuatro personajes. ¡Eran cuatro republicanos que combatían por su patria!

Uno, de talle erguido y arrogante presencia, empuñaba una espada y tenía el aspecto del hombre que dirige. Era un General.

Otro más bajo y de larga melena, tenía en una mano una bolsa de lienzo y en la otra el fuego de bengala que iluminó la escena. Era un Comandante de fragata.

Otro joven aun empuñaba también una brillante espada y tenía ceñida la caja del cuerpo con una banda tricolor. Era un Comandante de batallón.

El último, alto también, vestía de azul, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y devoraba con sus brillantes ojos el derrumbado camino por donde debía pasar para encontrar la gloria. Era un Capitán de infantería.

La fosfórica luz se apagó, quedamos un momento en la obscuridad, pero otra igual de las claraboyas del mismo departamento fué arrojada al interior de éste: nos presentó la verdadera imagen del infierno. Se veía un arco y dos ventanas por donde salían llamas; por las claraboyas salían también ráfagas brillantes que alumbraban las caras de los tres primeros personajes, y el cuarto interrumpió con su dudoso perfil la vista del interior de la caverna.

Al entrar á ella reinaba un silencio profundo, las luces de bengala se sucedían, y después de un momento se escucharon en el bien pronunciado idioma de los galos las palabras: *Rendez vous. Ne craignez pas. Les republicains vous pardonnent*, que hicieron el efecto más terrible en el corazón de los soldados franceses que, con el semblante demudado del combate, parecían salir, en medio de los destellos verdes, del sepulcro. Los leones de Crimea y Solferino entregaron sus armas en manos del bravo capitán, en cuya mano imprimieron mil besos y dejaron rodar mil lágrimas.

Los franceses rendidos fueron treinta y cinco, y cuando estos habían dejado sus armas, subieron por las destruidas escaleras adonde el General Llave, que es el primero de los personajes mencionados, los recibió con paternal cariño. El comandante Fóster, que es el segundo de los personajes, apagó la sed de los vencidos.

El comandante La Llave, que es el tercer personaje, prestaba su brazo á los heridos para facilitar su marcha, y el capitán de infantería Alejandro Casarín, que era el cuarto, después de desarmar á los soldados del Emperador de los franceses, se detenía en vendar con su mascada la herida que en una pierna tenía uno de los vencidos. ¡Honor á nuestros valientes! ¡La Patria reconocida y el Ejército de Oriente los llama con gloria sus hijos y soldados!"

\* \* \*

Voy por primera vez á conceder los honores de la refutación á un hombre que sin demostrar tener el menor remordimiento de conciencia y no contento con ensalzar á todo trance la conducta del invasor, busca reproches

que dirigir á los defensores de Puebla, acumulando calumnias groseras, pretendiendo desvirtuar nuestros triunfos y dando siempre una disculpa para amenguar el descalabro sufrido por el enemigo.

Fué tan torpe en sus conclusiones y tan débil en sus defensas, que aunque he tenido á la vista su obra al consultar los antecedentes del sitio de Puebla, no había creído necesario ocuparme de semejante escritor, seguro, como lo estoy, de que todos los hombres honrados lo desprecian.

Pero refiriéndose al incendio de San Agustín, estampa con tal seguridad una calumnia tan vil, que no he podido dejarla en pié y pasar adelante sin asestarle un golpe que la derribe por su base.

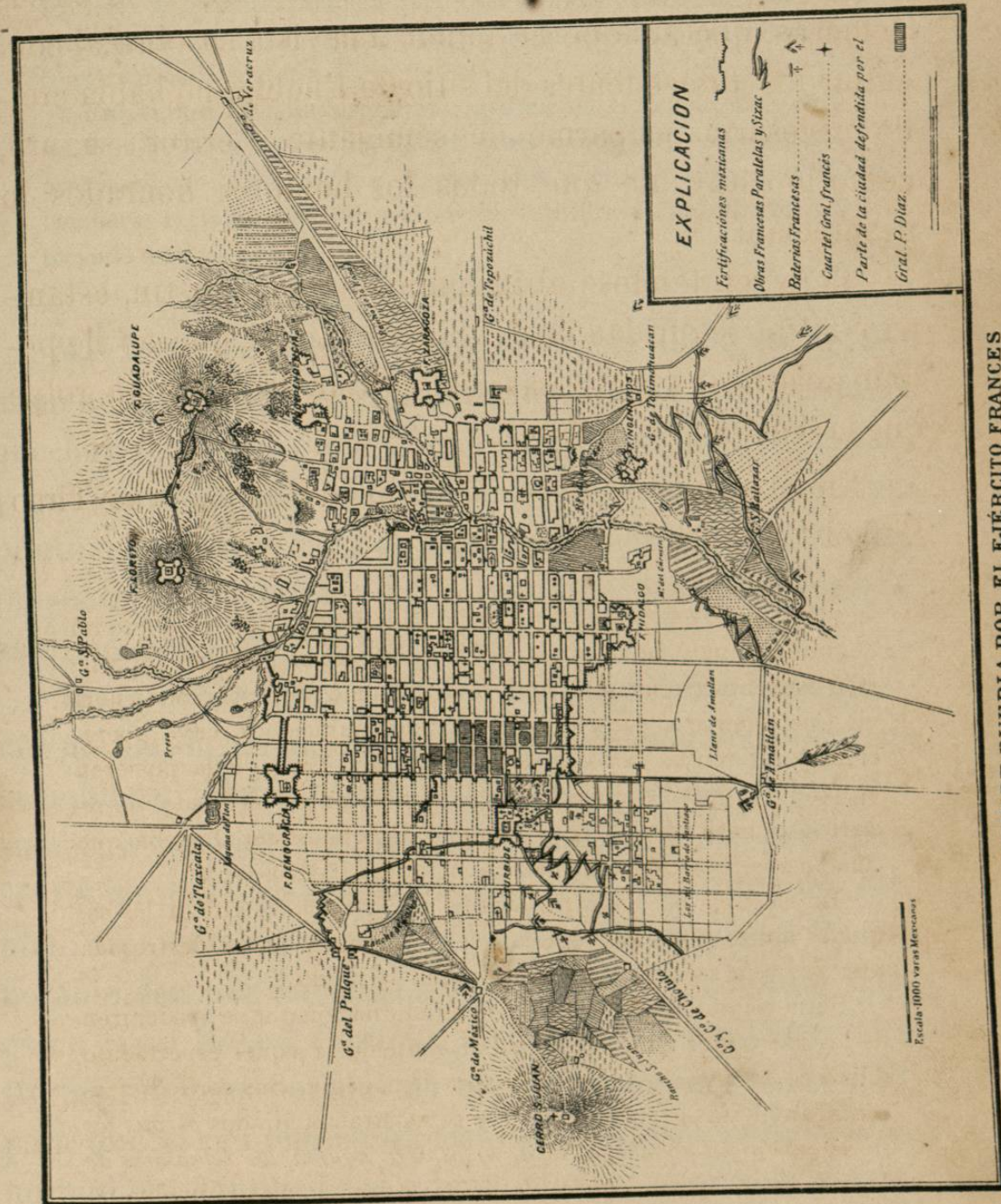
En su asqueroso libro "El Sitio de Puebla," dice Tirso Rafael Córdoba, lo siguiente:

"Día 4.—Temerosos los Jefes del Ejército de Oriente de que un segundo empuje de los sitiadores los pusieran en posesión del referido convento, circunstancia que les traería muy funestas consecuencias, determinaron sacar de allí todas las municiones, cuya operación ejecutaron en la noche del día anterior. En seguida pusieron en planta el infame proyecto, largo tiempo antes meditado, de reducir á cenizas aquel hermoso templo, haciendo creer al pueblo que una bomba francesa ocasionaba semejante catástrofe.

En efecto, á poco más de las seis de la mañana ardían los sagrados muros y por las ventanas de la cúpula y la ya destrozada torre, se veía salir una gruesa columna de humo.

Sería imposible pintar el terror é indignación que se apoderaron de los habitantes de esta ciudad al contemplar aquel espectáculo digno de los furios de la destructora demagogia. Sus corifeos aparentaban el más grande asombro y se mostraban airados *porque los franceses aniquilaban nuestros templos. He aquí á los defensores de la religión, á los protectores de México,* decían; mas el pueblo no atendía á estas hipócritas exclamaciones, porque el crimen de los juaristas era demasiado patente y aun andaban en boca de todos, los nombres de los autores de tan escandaloso atentado.

A varios causará extrañeza mi lenguaje y muchos me llamarán calumniador, mas los que fueron testigos de los hechos dirán si mis palabras son del todo conformes á la verdad. Lo que sí ha de extrañarse es el empeño con que los juaristas trataban de aparecer



inocentes, cuando ya habían dado muestras de su instinto devastador, arrasando las iglesias de San Sebastián, de Guadalupe y otras, para no hablar más de los edificios consagrados á Dios. La barreta de la Reforma había sido sustituida por las teas y las minas: he aquí la única diferencia; y si por la frecuencia con que manejaban la primera dió el pueblo su exacta calificación á los ingenieros del Ejército de Oriente, también por los extragos de las segundas se grangearon los demagogos el nombre de incendiarios que habrá de conservarles la historia.

Entretanto, las llamas seguían consumiendo el templo; á las nueve de la mañana los vecinos de las casas contiguas, temiendo los progresos del fuego, corrían despavoridos y cuando el cuerpo de bomberos recibió orden de prestar sus auxilios, el incendio iba tocando á su término."

---

Mis lectores, por poco que se hayan fijado en los fenómenos físicos de la raza humana, han de haber notado que hay monstruos que horrorizan, seres que espantan y que sin duda han sido arrojados al planeta como un punto negro que resalta en medio del hermoso cuadro que presenta la naturaleza; como una nota discordante en el sublime concierto del Universo.

En el orden moral también hay monstruos para quienes no han legislado la honradez ni la caballerosidad, ni la nobleza. Almas nacidas en el fango de las malas pasiones; corazones que palpitan á influjo de los perversos sentimientos; liras que solo vibran en los antros del crimen; trompetas que solo pregonan vergonzosas famas, no abundan por fortuna en nuestro mundo, y los que hay, como Tirso Rafael Córdoba, tienen que ir á esconder entre las lóbregas paredes de un convento su deformidad, para que el mundo, en un arranque de justa indignación, no pudiera confundirlos con su planta, como los confundió con su desprecio.

El proyecto de destruir el templo de San Agustín, si hubiera sido de los nuestros, tenía que haber sido reservado, y Córdoba no tenía acceso á las juntas de los defensores de la plaza. ¿Cómo pudo saber el historiador

que el proyecto había sido largo tiempo madurado? ¿Cómo pudo conocer las disposiciones reservadas del Cuartel General? ¡Inventando, mintiendo, calumniando!

Sólo en aquel espíritu avieso pudo abrigarse semejante desatino.

El sitiado evita toda clase de conmociones á las masas populares, porque la experiencia le ha enseñado que cuando el sufrimiento toca el punto doloroso de la llaga, la convulsión podría llegar á un periodo crítico que pusiera fin á la existencia amenazada; y el General Ortega no ignoraba que el partido conservador explotaba en favor de su causa el fanatismo que en aquella época dominaba á nuestro pueblo. Si éste padecía con resignación los horrores de la guerra, era porque su creencia no se lastimaba con la defensa del territorio nacional, y el incendio del templo de San Agustín, llevado á cabo por nosotros, hubiera sido una medida impolítica en las graves circunstancias porque atravesaba la Patria; hubiera sido renunciar á la ardiente cooperación de un pueblo que defendía el territorio donde sus templos depositaban entonces las cenizas de sus mayores y guardaban la tradición de sus creencias. Además, el incendio no tenía objeto.

Pero Córdoba quiso aminorar el delito de lesa-civilización cometido por el invasor, y pretendió arrojar sobre nosotros esa mancha, ante cuya injuria protestamos con energía.

El mismo lo dice: "A varios causará extrañeza mi lenguaje y muchos me llamarán calumniador....."

¡Miserable! es lo que os llaman los mexicanos á quienes no pudisteis ocultar del todo la verdad, que os obligó á consignar en la página 66 de vuestro libro, la siguiente confesión:

En vista de la *inutilidad* de las tentativas contra las manzanas fortificadas bajo un sistema tan desventajoso para los franceses, el General Forey *determinó seguir otro plan de operaciones*, y desde este día comenzó á discutirse en varias juntas de Generales el modo más expedito para terminar la guerra sin graves pérdidas del Ejército franco-mexicano."

Hubiera sido más honroso confesar que el General Forey *en vista de la inutilidad* de sus asaltos, resistidos con tanto valor por nuestras tropas, había resuelto tomar la plaza de Puebla rendida por hambre, ya que no podía tomarla rendida por el fuego.

Pero ya no tengo voluntad de ocuparme del Sr. Córdoba: mi estómago altera sus funciones cuando se remueve el fango.

La posteridad se encargará de fallar en su causa.

Fuera de la ciudad de Puebla, tenían lugar varios acontecimientos dignos también de mencionarse: Los siguientes partes informarán á mis lectores:

"Ocotlán, 7 de Abril de 1863.—Recibido en México á las 7 de la noche.

Ciudadano Ministro de la Guerra.—Transcribo á vd. el parte que acabo de recibir del General Rivera:

"A las diez de la mañana de hoy se avistó una fuerza de caballería traidora, y mis fuerzas avanzadas le disputaron el paso en el punto de Barranca-honda, cerca de sus posiciones.

"Se emprendió un ligero tiroteo, y la fuerza enemiga, que se componía de cosa de 80 hombres, tuvo que retirarse hasta meterse en su campo.

"Parece que su objeto era venir á traer pasturas al rancho llamado de la Cruz.

"Esta línea de mi cargo se mantiene sin novedad, é igualmente la Brigada que es á mi mando.

"Esta mañana ha sido remitida á vd. una comunicación del Señor General en Jefe, procedente de Puebla.

"He recibido informes ciertos sobre el ataque de tres columnas de turcos á los Fuertes de Zaragoza é Ingenieros: parece que ha sido, en conclusión, más serio y humillante para aquellos, puesto que quedaron en el campo, entre muertos y heridos, 500 de los citados turcos; y además, *huyeron vergonzosamente*, al grado que una infantería de zuavos tuvo que castigarlos, recibéndolos á balazos.